



HIDROCUSTODIOS DE ESPERANZA Y VIDA

En un rincón mágico de Duitama, el Río Surba, que alguna vez brilló con aguas alegres, estaba ahora atrapado en un silencio triste. Sus aguas, antes llenas de risas y luz, se deslizaban con calma, ignoradas por una comunidad que no entendía su importancia. Desde su perchero en un viejo árbol, una mariposa de colores vivos, llamada Custodia observaba, con nostalgia en sus alas, el paisaje que solía estar lleno de vida.

Un día, un grupo de valientes niños llegó al paramo Pan de Azúcar, el lugar donde el río comenzaba su viaje. Con manos pequeñas y corazones llenos de sueños, empezaron a plantar árboles jóvenes en la tierra. Custodia, revoloteando a su alrededor, pensó: *“Ellos son los que traerán de vuelta la alegría a este lugar”*.

Mientras los niños sembraban, algo mágico sucedía. Cada árbol que plantaban no solo crecía en la tierra; en sus corazones se sembraba un profundo deseo de cuidar la naturaleza. Las raíces se aferraban a la tierra, y Custodia sentía cómo la vida comenzaba a regresar. *“Cada árbol es un paso hacia el cambio”*, murmuró, admirando el esfuerzo de esos pequeños guardianes del Río Surba.

Con el tiempo, decidieron capturar la esencia del lugar a través de sus fotos. Las imágenes no solo mostraban la belleza del río, sino que también contaban las historias de los seres que lo habitaban: fauna, flora y aguas que susurraban secretos. Custodia danzaba en el aire, sintiéndose parte de cada historia, cada susurro, cada momento especial.

Sin embargo, pronto notaron que ciertos comportamientos de la comunidad estaban afectando al río. Veían cómo algunos tiraban basura, cómo el humo de las fogatas ensuciaba el aire, y cómo el agua se contaminaba por la indiferencia. Con cada descubrimiento, Custodia se sentía más unida a los niños, convirtiéndose en un símbolo de esperanza y cambio.

A medida que los niños compartían su amor por el río, la comunidad empezó a despertar. Recordaron la importancia del agua, el latido del río que fluía por su tierra. Custodia, llena de alegría, sabía que esos pequeños estaban construyendo un vínculo especial entre la gente y su hogar. *“Juntos, estamos creando un nuevo destino para el río”*, pensaba, mientras sus alas brillaban como una luz en la oscuridad.

Con el tiempo, el Río Surba comenzó a despertar, cada esfuerzo pequeño hacía eco en las aguas. Las ranas volvían a croar, las flores comenzaban a florecer, y el murmullo del río se hacía más fuerte, como un canto de agradecimiento.

Así, cada vez que el sol brillaba sobre el Río Surba, Custodia danzaba en el aire, llevando consigo el eco de una vida renovada. Ella sabía que la magia de la naturaleza y el amor de unos niños podían transformar no solo un ecosistema, sino también el corazón de una comunidad.

El Río Surba fue pintado de nuevo, no solo con colores, sino con esperanzas y sueños. Custodia se convirtió en guardián de sus aguas, recordando que, con esfuerzo y amor, siempre es posible renacer, siempre es posible volver a escuchar el susurro del río.

Autor: El cuento fue construido por el grupo de guardianes ambientales del río Surba y editado por Urbaser Duitama